

DE BUENAS LETRAS

El pulso político de Rafael Guillén

ANTONIO SÁNCHEZ TRIGUEROS
DE LA ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE GRANADA

Una nueva convocatoria del Premio de Poesía Federico García Lorca, cuando ya será el nuevo presidente de la Academia de Buenas Letras el que una vez más defienda en la sesión del jurado la candidatura del poeta de Granada, me incita a intervenir públicamente en el debate.

Para los que algo (o mucho) sabemos de poesía es difícil entender que Rafael Guillén todavía no haya sido justamente reconocido con este premio de su tierra. Se llega a comprender que en las primeras convocatorias hayan dejado a un lado su nombre por aquello de que el galardón pudiese ser acusado de localista, pero a estas alturas la situación se vuelve incomprensible, porque, vista la trayectoria del premio, puedo afirmar con rotundidad que, con ser la mayoría de los premiados (subrayo mayoría) grandísimos poetas, ninguno supera al veterano poeta hispánico de Granada en valores literarios (cualitativos y cuantitativos) y en reconocimientos críticos, académicos y públicos en España y en el extranjero, y no hay

ninguna buena historia de la poesía española que no conceda relevancia a su obra.

Y además él está ahí, porque, si afortunadamente está vivo (y muy vivo) como ser humano, mucho más vivo y original está como poeta, siempre joven en la palabra creativa, pues, desde sus primeros libros hasta sus recientes y brillantes indagaciones poéticas sobre el espacio, la materia y el tiempo, Guillén ha ido creciendo sin descanso en cantidad medida y en la calidad contrastada que la crítica más exigente ha señalado desde sus primeros libros hasta sus últimas y sorprendentes aportaciones.

Asiduo lector de su poesía desde los años sesenta, siempre me ha fascinado su exactitud expresiva, los matices que consigue, sus imágenes caleidoscópicas y transparentes, su lenguaje claro y diáfano, que más allá de sus aquilatados valores aparentes encierra o esconde, o mejor, descubre, a través de un amplísimo número de temas, una profunda concepción filosófica del tiempo, de la vida y del ser humano.

Como todo el mundo sabe, hasta el momento presente Guillén ha publicado más de veinte libros poéticos, muchos de ellos reeditados, es uno de los poetas que cuenta con más antologías en su haber y no solo en España, hace ya años se editaron dos volúmenes recopilatorios de su poesía y recientemente sus obras completas; y todo ello en editoriales prestigiosas.

En este momento, cerca ya de los sesenta años de su primer libro, Rafael Guillén responde a un retrato crítico-literario, siempre incompleto en su caso, que quiero diseñar una vez más: poeta de la palabra precisa y de la versatilidad expresiva, poeta de tradición, moderno y vanguardista, pero distanciado de modas, poeta de la sorpresa en cada rincón del poema, poeta reflexivo, indagador del ser en la palabra, poeta del tiempo como proceso de vida y como proceso de muerte, poeta del amor más allá de la arruga, poeta de la duda, poeta que trastorna, que perturba, poeta solidario, poeta elegíaco, poeta de los silencios expresivos, de lo perdido y recuperado por la palabra, poeta de la luz, de los sentidos, poeta de los límites, poeta, en suma (y son palabras suyas) para quien la poesía no es sino una manera de respirar y, añadido, cada respiración un poema distinto.

Son multitud los que piensan como yo, y entre los miles de elogios que podía aportar aquí selecciono unas frases del profesor norteamericano Stephen Dobyns, que en 'Harvard Review', y a propósito de una antología bilingüe norteamericana, escribió: «En la obra de Guillén hay un trillazo de emoción que uno no encuentra ni en la poesía de Estados Unidos, ni en la de otras partes de España».